

# Adenda al artículo "De cómo llevar a cabo la divulgación científica"

J. A. MARTÍN-PEREDA

Catedrático de Tecnología Fotónica de la ETSI de Telecomunicaciones de Universidad Politécnica de Madrid.

**R**esulta curioso comprobar que, a veces, algunos artículos tienen más lectores de los que uno cree en un principio. En la mayor parte de las ocasiones, cuando se llega al conocimiento de que estos lectores han existido es para comprobar que, en opinión de esos lectores, han quedado sin comentar muchas cosas en las líneas escritas y que, aunque no se pretendía, se han dejado en el tintero (en este caso, en las teclas) algunas cosas que eran tan importantes o más que las que se escribieron. Los que estamos habituados a estas lides, en mayor parte de los casos, se hace caso omiso a lo que se oye y se deja, para mejor ocasión, el comentar los comentarios.

Pero esta vez, algunos de los comentarios que

me han llegado estimo que tienen razón y sería plena descortesía almacenarlos en el baúl de los recuerdos. En concreto, uno de los más certeros que he recibido ha sido el que se refiere a mi olvido de comentar algún caso español y, al mismo tiempo, mencionar, aunque de pasada, la posibilidad de divulgación por un camino ajeno al de la letra impresa. Más en concreto, al posible a través de la comunicación oral. Esta última forma tiene, o debe tener, una especial importancia en un país como el nuestro, en el que la tendencia a la lectura corre pareja suerte que la avidez por la ciencia. Tras alguna búsqueda casi a ciegas recordé, al fin, un caso que puede ser emblemático de lo que se debe, o debería, hacer y que podría llevar a los lugares más recónditos de nuestro país la curiosidad por saber qué hay detrás de todo eso en lo que

científicos y tecnólogos pierden parte de sus vidas. Resulta curioso mi olvido porque, en una ocasión también participé yo en esa aventura, aunque de un modo muy tangencial.

La experiencia que quiero recordar aquí es la que inició el profesor García Velarde hace ya varios años con lo que denominó "La Barraca de la Ciencia", inspirada en el teatro de Federico García Lorca y, emulando las misiones pedagógicas de Manuel Bartolomé Cossío, recorrió España de punta a punta con más de 300 conferencias sobre experimentos, por ejemplo, con el láser y la física de fluidos. Como resultado de su actividad recibió, en 1992, el premio CAPIRE de trabajos teóricos y experimentales sobre aprendizaje creativo. En aquel momento, el profesor García Velarde indicó que

"no tiene sentido la enseñanza si el que enseña no hace investigación y con esa investigación crea productos para formar".

Es evidente que la sola obra de una persona no es capaz, en la mayoría de los casos, de cambiar las inercias que, durante siglos, han moldeado a los pueblos. Sería absurdo pretender que, con el único reclamo de una serie de conferencias dadas en casinos provincianos, se llegase a levantar en poco tiempo el nivel de cultura científica de nuestro país. Pero lo que si es seguro es que, si con iniciativas equivalentes a las del profesor García Velarde, una serie de profesores con vocación docente recorrieran barrios y aldeas de nuestra geografía, quizás en algunas décadas se habría alcanzado una situación muy diferente a la actual. ■

\* Consideraciones del autor a su artículo "De cómo llevar a cabo la divulgación científica" publicado en el número 42 de la revista "Política Científica" (págs. 14-18).